

GONZÁLEZ NIETO, Diego, *Alfonso de Fonseca y Ulloa: la Casa de un arzobispo de Sevilla en el siglo xv*. Madrid, Dykinson, 2023, 337 pp. ISBN: 978-84-1170-696-4.

Los estudios prosopográficos, las redes clientelares de los grandes personajes del medievo y el análisis de las casas aristocráticas nos proporcionan una información muy pormenorizada de cómo podría ser la cotidianidad cortesana de un noble, obispo o burgués, así como los oficios, trabajos y espacios que se vincularían a su alrededor en una sociedad en transformación como la que encontramos a finales de la Edad Media. Este es el punto de partida que plantea Diego González Nieto en su libro *Alfonso de Fonseca y Ulloa: la Casa de un arzobispo de Sevilla en el siglo xv*. Se trata de un caso de estudio monográfico que navega a lo largo de sus ocho capítulos en la historia, características, tipología de sus componentes y organización de la casa del arzobispo Fonseca desde su ascenso al poder hasta su muerte. El objetivo del autor es analizar a todos los personajes que formaron parte de su corte, el componente económico y financiero y las redes vinculares que desarrolló este prelado tanto con los diferentes miembros que conformaban su casa como a través de los movimientos externos que le permitieron medrar a él, pero también a sus familiares, oficiales y servidores dentro de la corte regia castellana y la organización eclesiástica hispánica.

El punto de partida que plantea González Nieto desde el capítulo uno es denotar el gran vacío historiográfico que hay sobre los espacios curiales de los obispos castellanos durante la Baja Edad Media si lo comparamos, por ejemplo, con los estudios desarrollados sobre las casas de los miembros de la nobleza, mucho mejor conocidas. Por lo tanto, la base inicial de este trabajo parte de la necesidad de llenar un hueco a partir de la reconstrucción de la casa de Fonseca y Ulloa y sus componentes. El autor señala, ya desde el inicio, y será una cuestión que se repetirá prácticamente en todos los capítulos, el problema documental que genera estudiar a este personaje y la dificultad que supone conocer la formación de su casa

por las escasas fuentes conservadas. La ausencia de fuentes seriales de carácter administrativo o económico se consigue suplir gracias a la conservación del testamento, que se convierte en la pieza clave para la realización de este estudio, pero no la única, ya que instrumentos jurídicos como juramentos, mercedes, donaciones y, sobre todo, el pleito por su herencia, presente en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, se convierten en fuentes fundamentales.

El autor empieza por la base en el capítulo dos, por lo que desarrolla una minuciosa biografía sobre el eclesiástico que parte desde los orígenes portugueses de su familia, sus contactos con la corte regia castellana, entre Enrique IV e Isabel I, su promoción social, sus funciones diplomáticas, la adquisición patrimonial y el patronato regio. También navega sobre sus periodos menos gloriosos: sus enfrentamientos con el marqués de Villena, su aislamiento final dentro de la corte, sus vacilaciones respecto a la causa de Juana de Castilla y sus fracasos por acercar posiciones con Isabel y Fernando, que nunca le permitieron recuperar el esplendor alcanzado como miembro del consejo regio durante el reinado de Enrique IV.

Una vez conocida la historia del personaje, González Nieto, en el capítulo tres, ya se mete de lleno en el estudio de las dimensiones y estructura organizativa de su casa, que, como bien defiende en estas páginas, eran especialmente grandes en comparación con otras casas nobiliarias. El autor la considera una de las más relevantes en número a nivel eclesiástico para mediados del siglo xv, pudiéndose haber documentado a 232 individuos. Para aquella época, cuanto mayor número de criados y servicio hubiese, mayor categoría económica y rango social tendría, siendo, por tanto, este elemento un distintivo de representación del poder. En contrapartida, el gran gasto económico que supondría el mantenimiento de tal cantidad de servidores acabaría acarreado un gran desgaste económico en la hacienda del arzobispo, sobre todo, al final de su vida.

Los espacios físicos que ocuparía esta casa son el tema que se aborda en el capítulo cuatro. El autor señala que, al tratarse de un obispo





absentista, lo normal es que habitase y realizase su actividad cotidiana lejos de su sede, siendo sus residencias habituales la propia corte itinerante del rey y las villas de Alaejos y Coca. Dentro de la casa, la organización y funcionalidad de sus componentes fue muy especializada, denotando este aspecto el alto estatus y posición que ocupaba el prelado en la sociedad castellana, así lo explicará el autor de forma pormenorizada, centrándose en cada puesto, a lo largo del capítulo cinco. El organigrama que seguiría este reparto de cargos tenía un carácter vertical y que iría desde el ámbito más privado hasta el más público. Casi la totalidad de ellos fueron hombres, solo pudiéndose documentar una mujer que seguramente realizó alguna función de confección textil. Más allá del propio servicio privado que tendría para la realización de las tareas cotidianas, en la casa había un gran número de cargos que ejercían como administradores, consejeros, secretarios y protectores del arzobispo. Así como una importante cantidad de miembros de su propia familia dentro de su residencia, que buscarían aprovecharse de la destacada posición del prelado para medrar y promocionar tanto dentro de la Iglesia como en la corte regia. El perfil tan político que mantuvo el obispo durante su vida generó que hubiese más seculares que eclesiásticos dentro de su casa, convirtiéndose en un lugar muy propicio para que las grandes familias nobiliarias enviasen a sus hijos como pupilos del mitrado y recibieran dentro de su corte una formación que les permitiese tener mejores perspectivas de futuro. Otro sector muy interesante que habitó dentro de la casa de Fonseca fue el mecenazgo de escritores y poetas, destacando a Antonio de Nebrija y Alfonso de Palencia. Alojar a estos individuos denotaba el interés cultural que tenía el prelado y le otorgaba también un elemento más a incorporar al prestigio que ya de por sí estaba obteniendo su corte.

Una vez expuestos los diferentes cargos, funciones y personajes que ocuparon la casa de Fonseca, pasamos a un capítulo seis donde se aborda una cuestión importante: ¿cuál era el sustento económico que tenían estos individuos? En primer lugar, la base financiera de estos servidores era la percepción de un sueldo asignado, de carácter mixto, donde entraba el salario, en dinero, y un pago en especie, vivienda y vestimenta, que

serían complementarios. Por otro lado, tenemos los juros regios cedidos por el propio arzobispo a sus cortesanos para recompensarlos por los servicios prestados o la propia intervención que realizaba Fonseca ante el monarca para conseguir mercedes y gracias para sus allegados. Para el caso de los clérigos también hubo un trabajo por parte de Fonseca en la búsqueda de alcanzar beneficios y dignidades para estos eclesiásticos, como forma de recompensar sus servicios, insertándose este proceso dentro de la promoción eclesiástica que desarrolló y destacando el caso de sus sobrinos, que llegaron a alcanzar las sedes de Santiago, Ourense y Ávila. Por último, las donaciones y obsequios que repartía entre sus servidores era la forma que Fonseca encontraba para mejorar sus vidas: ayuda para casarse, cesión de un bien inmueble o entrega directa de dinero. Esta dinámica también quedó muy bien plasmada en su testamento, donde también otorgó importantes sumas de dinero a sus oficiales y criados como forma de recompensar los servicios y la lealtad prestada.

Pero ¿de dónde salían estos individuos? Esta pregunta se responde en el capítulo siete, donde se navega en la procedencia, criterios y vías que habían llevado a la selección y reclutamiento de los miembros de la casa. Los principales lugares de donde procedían estos servidores eran su propia familia, sus señoríos patrimoniales y su ciudad natal, Toro. Por razones obvias, la promoción de los Fonseca fue una de las líneas fundamentales que desarrolló el obispo a lo largo de su carrera política y eclesiástica, mientras que la selección como servidores de los individuos que vivían en las ciudades donde se estableció su casa facilitaría el hospedaje, la cercanía y sobre todo la capacidad de realizar redes clientelares basadas en el beneficio y la lealtad.

El gran prestigio que tenía la casa de Fonseca generó que entre sus miembros se desarrollase un proceso de contacto, circulación e intercambio entre otros espacios curiales que tenían como objetivo aprovechar el prestigio y relevancia que tenía el obispo para promocionar y destacar en otros lugares como la corte regia, las casas de otros magnates laicos y eclesiásticos y las curias episcopales de Ávila, Sevilla y Santiago. Para finalizar, el autor también reflexiona sobre lo que ocurre con sus servidores, criados y protegidos y sobre

los destinos hacia los que irán tras la muerte de su señor. Los datos aportan que no hubo una gran continuidad de personajes a su servicio que se mantuvieran bajo el mando de su sobrino y sucesor Alfonso de Fonseca, esto solía ser algo muy normal, como apunta el autor, por lo que se puede concluir que sí que se produjo una disolución de la casa, pero que fue parcial y progresiva, no de carácter radical, ya que al menos se tiene constatado que 27 individuos continuaron al servicio del nuevo prelado. Lo que sí que parece más claro es que la muerte del arzobispo supuso una verdadera pérdida de poder para esta familia, puesto que su sobrino nunca fue capaz de sustentar el poder adquisitivo y el prestigio que había obtenido su tío. Por lo tanto, la nueva casa que se formó contó con muchos menos servidores y en ningún caso tuvo la misma relevancia dentro de los espacios curiales de la Corona de Castilla.

Para concluir, el autor, reflexiona sobre el significado de la Casa de Fonseca, que nada tenía que envidiar a las grandes casas nobiliarias gobernadas por laicos en Castilla, pero también la valora como una de las curias más importantes dentro de las altas dignidades eclesiásticas del siglo xv. El alto número de cortesanos y servidores no hacía más que señalar el prestigio y el estatus que Alfonso Fonseca quería darle a su casa, pero también a su familia promocionándolos tanto en la corte regia como en el mundo eclesiástico, buscando asentar su linaje como uno de los más grandes de la Corona de Castilla. Todos estos datos demuestran que la casa del arzobispo fue mucho

más allá de las funciones episcopales propias que le correspondían a su cargo, sino que el papel político que jugó fue fundamental, ya que rompió moldes de lo que hasta el momento habían sido los espacios curiales eclesiásticas. Este tipo de casos nos muestran un cambio de tendencia para el siglo xv que acabaría consolidándose en la Edad Moderna.

Tras las conclusiones podemos observar un potente catálogo prosopográfico donde se narran las biografías, trayectorias y proyección social de 249 personajes, lo que permite al lector acceder a partir de un orden más exhaustivo a la evolución de los oficiales, cortesanos y servidores que hubo dentro de la casa del arzobispo Fonseca. Y es que si hay algo que debemos destacar de este libro es el buen uso y la capacidad de síntesis que González Nieto hace de las fuentes. Su investigación minuciosa permite conectar un gran número de redes sociales alrededor de Alfonso de Fonseca, permitiéndole desarrollar un orden estructural de los personajes y las funcionalidades que integraban en la casa del arzobispo. A través de esa buena organización y redacción de las ideas, el autor propone un modelo que podría aplicarse a otras casas o personajes similares de finales del medievo hispánico.

María José CAÑIZARES GÓMEZ

Universidad de Alicante

*E-mail:* [mj.canizares@ua.es](mailto:mj.canizares@ua.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5904-3249>

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.cemyr.2025.33.24>

